



Fábulas

SABINA BERMAN

Liberales on the rocks

Inches hambrientos, votaron por hambre —Paco le dijo a Pedro mientras el mesero vaciaba el martini de la coctelera a la copa en forma de Y.

—Oye Fermín —dijo Pedro—, hablando de hambre, tráenos unas deliciosas pescadillas.

Fermín caminó hacia atrás dos pasos.

—Para servirles siempre, patrones —dijo y se giró para meterse en la cocina.

—Par de ebrios— musitó. —No les voy a preparar ningunas pescadillas.

De todos modos se les iban a olvidar en cinco minutos, como cuando le ordenaron a Fermín hacía un mes:

—Entonces votas por Xóchitl.

—Por supuesto, patrones —les dijo.

Y votó por Claudia, la de la 4T. ¿Por qué? Porque la 4T le había doblado a Fermín el salario mínimo que recibía.

Clic. Entrechocaron las copas Paco y Pedro.

Slurp. Sorbieron el martini fresco.

Llevaban tres semanas bebiendo. A las siete de cada tarde empezaban. Terminaban a las altas horas de la madrugada, y Fermín debía esperar hasta que se fueran.

—Pero los ricos, esos no tienen perdón de Dios —gimió Paco. —La mitad votó por los zurdos de mierda. Eso duele.

—Y lo peor —sollozó Pedro— es lo del Congreso. Les dieron mayoría calificada a los zurdos. ¿Te das cuenta?: ahora podrán hacer con nosotros lo que quieran.

Slurp. Sorbieron de sus copas aterrados, mirándose a los ojos. Entre los dos llevaban ocho martinis esa noche.

—Nombre, es mucho peor —susurró de vuelta Paco, paranoico—, ya no necesitan hacer con nosotros nada: no necesitan nuestros votos para aprobar sus reformas en su Congreso.

—Mierda —se dio cuenta Pedro, abriendo grandes los ojos—: nada de lo que argumentemos o hagamos será relevante. Valemos birra.

Estaban en el Bar Heidegger, de la colonia Condesa, donde en las paredes, escritas en letras góticas, aparecen sentencias del filósofo existencialista.

La vida no vale nada.

Te adoré, te perdí, va ni modo.

O tal vez son sentencias de José Alfredo Jiménez. Nadie lo sabe con certeza.

Slurp. Se acabaron los martinis.

Y Paco agitó la campanita de plata. Ding, ding, ding.

Fermín salió de la cocina con jeta de bulldog.

—Otros dos tragos, para mí y mi intelectual de los cabezazos —ordenó Paco.

—Ya no hay ginebra— mintió Fermín.

—Tons unos wiskitos por las rocas emiqueta mazul —dijo Pedro, ya en el idioma caprichoso que estila la ebriedad.

Brusco, Fermín colocó los dos vasos con hielos en la mesa y vertió de la botella de wiski el líquido dorado.

Clic. Los chocaron.

Slurp. Los bebieron.

Y una lágrima de Paco fue a dar a un hielo y de ahí resbaló tristemente al wiski.

—¿Es que te digo qué, mi hermano? —dijo Paco, todavía bien articulado.

—Todo dímelo de golpe y al fondo, mi capitán —Pedro le pasó el brazo por los hombros.

—O sea, ¿cuántos años llevábamos diciéndole a la gente Primero los ricos, pa' que luego les caiga alguna puta monedita a ustedes? ¿35 años, cabrón? Lo que no entiendo es lo siguiente.

—Sí, lo siguiente, unas pescadillas, por favor.

—Si se los dijimos tanto, ¿por qué no nos siguieron creyendo? ¿Qué habrá pasado, mi hermano?

—¿Un tren?

Se fueron escaleras abajo cantando a dúo el Himno Nacional.

—Massi osare un extraño contigo, propanar en las puntas el fuego, piensa oh Patria mi depto en Miami...

—¿En qué íbamos? —preguntó Paco al salir al aire helado de la noche.

—Al Tepozteco —contestó Pedro, muy convencido.

El Uber los depositó en Tepoztlán, al pie de la alta formación rocosa llamada el Tepozteco.

Empezaron a escalar, dos señores en trajes arrugados, mientras amanecía y las pequeñas casita de Tepoztlán iba apareciendo en la luz.

Así iban a gatas por las rocas, agarrándose de roca en roca, las corbatas rozando las rocas, cuando Paco le gritó a Pedro:

—¡Oye Pedro! ¡Lo que sí es que los zurdos nos llevarán a la dictadura! ¡A Venezuela! ¡Son un desastre!

—¡Sí mi hermano! —le gritó de regreso Pedro—, ¡pero a ti se te cayó la dentadura!

Agarrado con dos manos a una roca, Paco se apacnicó buscando en redondo su dentadura.

—No es cierto —le dijo Pedro.

Y los dos soltaron una carcajada. ●